

LITERATURA JUDIA

PARTE VI FINAL

Mariano Lebrón Saviñón

LITERATURA HEBREA MODERNA.



GRAN parte de la literatura hebrea que floreció en los siglos XVI y XVII, se escribió en arameo, la dulce lengua en que Jesús pronunció su revolucionario *Sermón de la montaña*. Pero también escribieron judíos de las sectas *rabínica* y *samaritana*.

Ya hemos visto que hubo también una literatura *ladina* o judeo española.

Luego apareció el *Yidish* o hebreo de la Europa Central, que se dilata hasta Rusia.

Muchas obras tradicionales guardadas en la Sinagoga, han sido vertidas al *Yidish* contemporáneo.

En los siglos XVIII y XIX brilla la *Hashalah*, o sea el *Iluminismo* (1758—1880), cuando un escritor de la calidad del polaco Gaón Elijah hizo una campaña sabia y mantenida a favor de El Talmud y los libros seculares de El Canon. Fue un movimiento fecundo que trajo mucho bien al recuento de las tradiciones de que tan orgulloso se siente el hebreo.

Los *racionalistas* fueron opositores convencidos del *Iluminismo*.

Por otra parte, los *maskilin* trataron de imprimirle ecumenicidad al pensamiento hebreo.

“Es de oportunidad recordar aquí —dice Enrique de Marchena— que la Biblia traducida por Mendelshn, admirable artífice de la lengua, fue el vehículo para que los hebreos hablasen el alemán” (183)

El *Iluminismo* se extendió por Alemania, Checoslovaquia y Hungría; pasó a Rusia y se remansó en Italia, donde alcanzó luminosidad insospechada.

Uno de esos paladines del *iluminismo* fue el paduano Moisés Hayim Luzatto (n. 1707), filósofo y ensayista de altos vuelos. Era polénico y antikabakústico, sosteniendo en este sentido una polémica con León de Módena, la que lo puso en conflicto con el Rabinato de Venecia y lo obligó a emigrar a Amsterdam. Allí se erguía, con la ufana gloria de su prestigio, el gran filósofo de origen hebreo—español, Spinoza, con quien estrechara enriquecedora amistad. Luzatto era un autor dramático, pero, sobre todo, un gran pensador, de clara exposición y conceptos muy elevados.

Rusia también encuentra autores de esta misma tendencia, que hacen del XIX un siglo de inquietud por las cosas hebreas, destacándose entre otros el poeta Adam ha —Cohén (1794—1878) que escribió en *yidish* poesías de amor, encendidas de erotismo.

Entre los escritores realistas se menciona a Abraham Máyn, autor de una gran novela, (184) *El pecado de Samaria*, de una crudeza que pone de relieve la fuerza descriptiva del autor y, sobre todo, su maravillosa habilidad para retratar los caracteres.

Tómese en cuenta que los ghettos viven vida inquieta en la Rusia zarista, en tanto que en las comunidades judías empiezan a florecer las doctrinas de izquierda. Muchos de los futuros líderes del comunismo serán judíos. La literatura hebrea rusa a principios de siglo, está henchida de voces airadas de protesta por las injusticias y persecuciones de que son víctimas los hijos de Sión, cosa que se refleja, especialmente, en su literatura

narrativa. Según Enrique de Marchena:

“En su *Misham*, Elisha Ben Abuyah llegó al extremo de proclamar una especie de *socialismo judío*. Con el tiempo modificó su postura, entrando en el grupo de literatos hebreos considerados como revolucionarios debido a sus estilos y conclusiones” (185).

La literatura hebrea ha debido tomar refacción de las literaturas de los países donde ha medrado. Para mantener cierto sabor hebreo, ha tenido, repetidamente, que volver sus ojos a su pasado. Pero aun así, ha mantenido cierto sabor —que es factible percibir en la pintura de un artista tan judío como Chagall— esencialmente tradicional. Moshé Guil, profesor de literatura en la Universidad de Jerusalén— citado por De Marchena—dice al respecto:

“La literatura moderna hebrea es el retoño joven de un antiguo tronco, de tres mil años de vida y numerosas ramas; la literatura bíblica, la judeo—helenística, la talmúdica, la sefardita del Siglo de Oro en la España de los moros; la compleja literatura que incluye las creaciones de la Kábala y la Mística, y sólo luego, nos encontramos con la literatura hebrea moderna, que se encuentra unida por multitud de lazos a los períodos que la precedieron...”

Todo da a entender que Rusia y Alemania fueron los dos grandes núcleos de literatura hebrea.

Pero hoy, en Israel, florece una espléndida literatura que emergió desde la misma aurora del siglo. Es obvio pensar que el gobierno del Estado de Israel pone hartos conatos en la exaltación de su cultura.

Dispersos por el mundo hay muchos judíos que escriben obras paradigmáticas, en la lengua del país donde nacieron.

Prácticamente no hay una actividad del quehacer cultural donde no aparezca un judío ilustre.

Pero ahora se abre paso una literatura hebrea de altos relieves universales.

La lengua hebrea, que por casi dos milenios fue tan sólo lengua escrita, de súbito ha irrumpido como lengua hablada, con

repiques de gloria sonora a través del misterio luminoso de la palabra. Un hombre singular, obstinado y sabio, se reputa como el autor de este milagro: Eliézer Ben—Yehuda, de educación francesa, aunque nacido en Rusia. Ben—Yehuda juró, en Tierra Santa, no hablar en otra lengua más que en el hebreo. Cuando se dirigió en esta lengua a su esposa Débora, que no la entendía, ésta empezó a llorar, pensando que su esposo era presa de la insania. (186) Al nacer su primer hijo, Yehuda le enseñó a hablar en la lengua de sus antepasados.

Esta aventura pone de relieve el alma pertinaz del judío, su fidelidad a un pasado que ama entrañablemente, su grandeza de espíritu.

Tras de ésto, Yehuda redactó un periódico y publicó un Diccionario.

Se trataba, realmente, del trabajo de un mago contumaz y muy enamorado de su origen y su destino. Como dice Enrique de Marchena:

“Debió este coloso inventar expresiones que representasen cosas, personas, situaciones, casos, tiempos, y que antes no encontraban asiento en la literatura ni en los poemas. Fue sorprendente llegar a la conclusión de que apenas noventa años atrás, faltaban en el idioma palabras como caballo, reloj, periódico, fósforo, tren, oficina, exposición, taller, policía, soldados y otras. Ben—Yehuda fue el iniciador del “Consejo del Idioma Hebreo”, piedra angular y prístina de la “Academia de la Lengua Hebrea” en el Estado de Israel” (187).

En la narración, vehículo propagandístico de primera línea, los judíos se abren paso a la carrera, con obras de alto interés como *El vagabundo* de Méndele Mojer Sefarín, traducido al yidish por el propio autor; *Bajo el trueno* de Berdichevski, y las obras del llamado Dostoiévski israelí, Haim Bréner.

Pero es en la poesía donde los hebreos siguen dando la nota más alta, con su sensualismo trasunto de un sempiterno

misticismo. Algunos de los poemas que vamos a reproducir aquí son copiados del tantas veces citado ensayo de Enrique Marchena Dujarric.

Posiblemente el más grande poeta israelí contemporáneo, sea el ucraniano Jaim Náhman Biálik (1873–1934), quien se radicó en Tel Aviv desde el 1924, llegando a alcanzar el título de Poeta Nacional. Leyendo su poesía uno vuelve a remansarse en el misterio imponderable de la metáfora oriental, tan decidora y grácil: *al flanco de los camellos –cargados de fatiga; sombra de paja seca que divaga cual hoja; las lentas jorobas de los camellos se perdieron –en el horizonte de oro. Queda huérfano y solo el desierto, –taciturno como enantes, etc.*

Un toque romántico hay en los versos de este poeta, pero, sobre todo, un roto clamor de nostalgias, hundida canción de recuerdo, melancolía otoñal de sueños encendidos. Dice en *Mi canción*:

¿Sabes de quién he heredado mi canción..?

*En casa de mi padre había echado raíces
un cantor sin familia, humilde, retraído,
escondido entre los trastos.*

*En la noche, se metía en los resquicios,
vecino de las grietas oscuras.*

*Sabía aquel cantor una sola canción invariable
y siempre que mi corazón enmudecía, o mi lengua
perpleja de dolor se pegaba al paladar
o mi llanto reprimido, anudado
se ahogaba en la garganta,
venía él con su canto a mi alma vacía.*

Todo en Biálik es grandioso, y su gran poesía profunda tiene algo de hierático y sobrecogedor. A veces nos recuerda a Rilke, y de tal manera representó el alma secular de su estirpe, que su muerte provocó un duelo prolongado.

Junto a Biálik se suele mencionar a Chernijovski (m. 1934), llamado “el poeta universal”, desde que se radicó en Palestina en 1931.

Este fue más desarraigado que el “Poeta Nacional”, de expresión más cónsona con la poesía romántica y moderna de sonancia ecuménica.

Es menos judío, aunque no puede librarse del quejumbroso lastre de la nostalgia. Por eso dice:

*Mi canto es raro,
mi canto es extraño al corazón de mi Pueblo;
solitario apareció y solitario se irá.*

TEATRO JUDIO

El teatro judío es tan viejo como la Historia. A este respecto afirma Cristóbal de Castro:

“En las páginas del Viejo Testamento surgen constantemente espectáculos donde el canto y la mímica ponen un sello teatral a las expansiones populares. ¿Qué otra cosa sino teatro, en su acepción más genuina, significan el becerro de oro, el Tabernáculo, las siegas de Booz o los festines de Raquel? (189)

Grandes estampas bíblicas han sido adaptadas al teatro por Eugenio Vantangof, director del grupo teatral judío *Habima*.

Giácomo Lwow y Eligio Prossenti, en su prólogo a la traducción del drama de Gordin *Mirra Efos*, dicen:

“En sus orígenes los dramas judíos se acompañaban siempre con música y apenas diferían de los ritos usados en la Sinagoga. De suerte que el teatro surgió del templo con acompañamiento de coros litúrgicos” (190).

El Yidish Theatre es un tesoro de tradiciones bíblicas, donde es claramente destacable el respeto hacia las cosas sagradas. Ningún otro teatro ha perseguido su forma original con tal pertinacia.

Ritos y melopeas, cánticos litúrgicos y simbolismos

repetidos, formaron durante mucho tiempo la esencia de este teatro.

Los temas vivos y permanentes del drama judío son: la vida familiar morigerada y estrecha, como sagrada institución inolvidable; la jerarquía con su escala incontrovertible, las leyes patriarcales y la pureza y unidad de la raza. En el fondo de todos los temas, aún los más modernos, está Israel. Es como si palpitará en todos una especie de nostalgia temblorosa y hablaran desde el corazón de sus más conspicuos personajes, los profetas que la estremecieron más de una vez.

— *“Israel, asombrosa y perdurable profusión de Moisés déspota y David libertador, de Shylok avaro y Salomón pródigo, de Spinoza arquetipo del hombre de pensamiento y de Lassalle, dechado de hombre de acción” (191).*

El teatro judío tiene hoy por hoy sus salones. Llegan casi a la centena los teatros judíos esparcidos por las principales ciudades del mundo y, muy especialmente, en Rusia, Estados Unidos, Rumania, Persia, Alemania, Polonia y La India.

El grupo teatral más importante es el *Habima*, de Tel Aviv, que ha recorrido triunfalmente las principales ciudades de Europa y de Estados Unidos.

Entre los autores teatrales modernos más destacados podemos mencionar al rumano Abraham Godlafén, precursor de Gordin.

Godlafén escribió óperas musitadas, verdaderas melopeas, transición entre lo religioso y lo profano. Su obra más popular es *La hechicera*.

David Pinski, en su drama *Abigail*, abordó el tema bíblico, sin desdeñar los pasajes más audaces.

Israel Zangville, el gran novelista y dramaturgo hebreo, nacido en Inglaterra, ha sido llamado *el Dickens de los judíos*. Sus temas abordan siempre las pequeñas tragedias de los conglomerados hebreos. Algunas de sus novelas, de un gran interés narrativo, fueron llevadas a la escena, muy particularmente *Los hijos del ghetto*. Sin embargo, el interés de

la obra de Zangvill no queda circunscrito a las comunidades judías, sino que abre anchuroso cauce a las corrientes universales, sosteniendo la tesis de una gran confraternidad en la que se eliminan prejuicios y esa absurda tradición de radical aislamiento que los atalayaba. Por eso, además de un buen narrador, Israel Zangvill es un poeta de claros lineamientos lírico-dramáticos. Sus obras más conocidas son: *El crisol*, *Peleas de gallo*, *El dios de la guerra*, *La religión del porvenir*, *Nosotros* y *Los modernos*.

Entre los judíos españoles que andan por esos mundos llenos de saudades por las tierras que abandonaron, hay algunos entre los que predomina el apellido Pérez (191), que hicieron obras dramáticas.

Uno de ellos, Pérez Hirscheien fue autor de dramas formidables como *La tempestad* y *Ante el enigma*. También es digno de mención Isaac Leib Pérez, cuyas dramas *El dios de la venganza* y *El pecador*, han tenido un éxito enorme en los Estados Unidos.

TRES DRAMAS JUDIOS

De los tres dramas seleccionados por Cristóbal de Castro en su *Teatro dramático judío*, (192) el más popular es *Mirra Efros*, de Jacobo Gordin, en cuatro actos de sobriedad escénica y, al mismo tiempo, de gran elevación y escrito con notoria maestría.

Mirra Efros es una enérgica mujer judía, que amasó una fortuna a base de tenacidad, después de haber enviudado: Rige con noble orgullo su hogar, que forma con sus dos hijos, Josele y Dania. Ella es como el patriarca del hogar, y cuando Josele debe casarse, escoge para él una mujer pobre. Su propósito es mantener la nobleza y el morigeramiento de su hogar, al estilo judío, y donde siempre predomina su voluntad.

Pero es tierna a los reclamos de sus hijos. Cuando los padres de Scheinder, novia de Josele, le exigen trescientos rublos para acceder a las bodas, ella decide romper el compromiso, pero basta que su hijo le confiese, conmovido, que

ama a la muchacha, para que ella deponga su actitud y revoque su decisión.

El matrimonio se celebra de seguida sin llenar ciertos protocolos, porque esa es la voluntad de Mirra Efros. Salomón, el administrador de Mirra, respeta profundamente a esta admirable mujer. Dice:

“Es difícil hallar otra mujer como ella, con aquel equilibrio claro, preciso...”

De verdad que a veces hace dudar si es, efectivamente, una mujer”.

Y ella le dice a su nuera:

“Espero que vivamos como dos amigas; en mi casa no hay más que una regla: conmigo no se discute. Mirad: cuando mis hijos sean viejos, barbudos y calvos y yo los llame y les diga: “Esto se hace”, lo tendrán que hacer sin chistar”.

Empero, Mirra empieza a envejecer y a perder energías. Josele es débil y deja que su mujer se le imponga, y con ello se va doblegando el carácter de Mirra. En su casa se hace ahora la voluntad de Scheindel.

“Si mi hijo no estuviese enamorado perdido – dice ella – ya le ajustaría las cuentas... Ya le haría ver que soy Mirra Efros. Pero ¿qué puedo hacer contra su amor? El marido enamorado es sordo y ciego: ni ve, ni oye, ni razona. No quiero amargarle la vida. Son jóvenes, Maclia; son chicos. ¡Bah! Mejor es así... Cedo yo”.

Incluso, Scheindel hace venir a vivir con ellos a sus padres, que tan desagradables son a la dueña de la casa. Pero Mirra tiene una nueva filosofía:

“...la verdadera fuerza no consiste en obligar a los demás a

hacer nuestra voluntad; consiste en someter nuestra voluntad a la de los demás”.

Mientras Scheindel zarandea a todo el mundo a su sabor el pobre y pusilánime Josele se la pasa tocando la flauta.

Y, por último, echa a Salomón, el honrado administrador que ayudó a acrecentar los caudales de la casa. Los hijos exigen la herencia del padre: y entonces saben que éste murió arruinado y que toda la fortuna existente fue fruto del trabajo de Mirra. Aun así, en insólito renunciamiento, decide dejarles la administración de los negocios.

Pasa el tiempo. Mirra está arruinada mientras los hijos y suegros despilfarran la fortuna. Los negocios van de mal en peor. Los hermanos riñen.

La última prueba amarga por la que pasa Mirra es la negativa de un dinero que le hace su nuera y que ella quería donar a un hospital. Entonces abandona su hogar y va a vivir a la casa de su antiguo administrador.

“Oye Salomón —le dice— tú has sido empleado mío durante treinta y cinco años. Yo no quiero morir en el arroyo; dame un puesto, aunque sea humilde, en tu casa”.
“Un puesto humilde —le contesta él—. El que usted quiera: el de madre, el de hija, el de hermana”.

Ya en casa de Salomón, Mirra sigue viendo al nieto, pero se niega a ver los hijos, actitud que mantiene durante los diez años que lleva viviendo fuera de su hogar.

Mas, desde que Mirra ha llegado a la casa de Salomón, la paz ha reinado allí y los negocios han prosperado. El propio Salomón lo dice:

“Diez años lleva en mi casa y me parece que siento a mi mesa al profeta Elías”.

Mientras los hijos han dilapidado la herencia que se les confiara, la gran mujer ha hecho nueva fortuna y, secretamente,

los socorre.

Ahora el nieto cumple trece años y Josele va a rogarle a su madre que asista a su fiesta. Mirra se niega firmemente.

También Scheindel va a rogarle, pero sale desairada. Hasta que va el nieto a buscarla y la trae de la mano, henchida de una triste alegría, y de una dulce ternura.

Y todos sienten una reconfortante paz en el alma y un renacer de nuevas esperanzas.

Mirra Efros es llamado el drama patriarcal. Ningún otro carácter, ni en las sublimes mujeres de Ibsen, está tan bien exteriorizado como el de esta mujer maravillosa, ecuador entre la rigidez y la lenidad, entre el amor quebrado de amarguras y el canon de una rígida moral.

Ningún personaje del drama puede, no ya parearse, ni acercársele siquiera. Ni la egoísta y vacua Scheindel, ni el díscolo Dania, ni el pobre diablo que es Josele. Ni siquiera Salomón, el fiel administrador que fue complemento y eco de la voz de Mirra.

Todo en el drama está henchido de una patética ternura.

An-Sky (seudónimo de Salomón Report) es el autor de *El Dibbuk*, esto es, *El alma en pena*, la obra más intensa y verdaderamente renovadora de la literatura yidish. Este ruso judío ha sabido impregnar su obra de poesía, de infinitas bellezas y de misterios.

El argumento de *El alma en pena* es el siguiente: La escena se desarrolla en una antigua Sinagoga. Es de noche. Tres *battlon*es y el Mensajero hablan de la grandeza de los antiguos líderes del pueblo judío. Chonen, un joven serio y triste oye la conversación, e inquiere por el gran Cabalista que "puede resucitar los muertos, invocar los malos espíritus y a Satanás en persona". Chonen es un discípulo de la escuela talmúdica, explica un *battlon*.

"¡Y qué inteligencia! Puede decir de memoria quinientas páginas de El Talmud".

Se cree, sin embargo, que se ha dedicado a la Cábala. Desapareció por un año sin que nadie supiera de él y está de

regreso. Ahora ha dejado de leer El Talmud. El dice:

“El Talmud es frío, árido, sujeta a la tierra las alas que quisieran volar. ¡Mientras que La Cábala! ¡La Cábala arranca al alma sus cadenas terrestres, nos lleva a las supremas esferas, nos abre todos los cielos y nos descorre los velos de la eternidad!

Y explica más abajo, después de combatir su propia duda:

“El deber de los justos es el de purificar las almas de todo pecado y lavarlas en el limpio manantial. Es una abrumadora tarea, pues el pecado acecha en todas las puertas... Y el género humano degenera, el pecado se esparce, el número de los justos disminuye”.

Chonen fue prometido, una vez, a Lea, la hija del rico Sender; pero éste pretende casarla con un judío rico. Por eso Chonen no se ocupa de La Thora, y trata de penetrar los misterios que impidan, aun por medio de los poderes maléficos, el planeado matrimonio. Y cuando se entera de que Sender firmó el compromiso de su hija exclama:

“¡Han firmado! ¿Cómo han podido hacerlo? ¡De manera que todo fue inútil: mis oraciones, mis ayunos, mis conjuros! ¿Todo vano? ¿Por qué medios? ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya veo la solución del misterio eterno! ¡La veo! ¡Yo! ¡Yo... he vencido!”

Y, después de un esfuerzo supremo, cae fulminado por los poderes perversos.

Delante de la Sinagoga se celebran las bodas de la hija de Sender. Los pobres y mendigos, según costumbre, reciben raciones que brinda el anfitrión y bailan con la novia. Pero cuando el cortejo que acompaña al novio se acerca, con el consiguiente regocijo de todos, aparece El Mensajero y dice:

“—Toda alma maldita y errante que no logra encontrar reposo, encarna en otro cuerpo— esto es lo que el pueblo llama dib-buk- y allí es donde se purifica al fin”.

Lea va al cementerio para invitar al alma de su madre a la boda; pero también invita al espíritu de Chonen, y éste se apodera del cuerpo de la muchacha, de suerte que cuando ella se enfrenta al prometido:

“Lea.— (Se levanta de pronto, rechaza violentamente al novio y grita) ¡Tú, no! ¡Tú no eres mi prometido! (Consternación general; todos la rodean) Sander.— (Aterrado) ¡Lea, hija mía! ¿Qué tienes? Lea.—(Corre hacia la tumba y se inclina sobre el mausuleo) Oh, santos, inocentes enamorados, venid en mi ayuda! (Cae al suelo; acuden a levantarla. De pronto, la muchacha empieza a gritar con voz de hombre) ¡Ah! ¡Ah! ¡Me habéis enterrado! ¡Pero yo he vuelto hacia ella, hacia aquella que me había sido destinada y no la dejaré ya! Nachan.— ¡Ha perdido la razón! El Mensajero.— ¡El Dibbuk ha apresado a la novia!

Se conjuran todas las fuerzas para obligar al Dibbuk a abandonar el cuerpo de la doncella. Van al gran Rabí, Reb Ezryel, encarnación de los profetas. Ezryel intenta expulsar el Dibbuk del cuerpo usurpado. Pregunta al Dibbuk por qué se ha apoderado de la muchacha. Este responde que ella le pertenece. Mas, cuando el Rabí le ordena abandonar la morada carnal donde se refugia, responde:

Lea—Dibbuk— ¡Rabí de Miropol! Conozco toda la extensión de tu poder y sé que mandas sobre los ángeles y los serafines; pero tu fuerza no me vencerá. Yo no sé dónde ir. Ante mí todos los caminos se cierran, todos los senderos se cortan; por todas partes me acechan los malos espíritus para destruirme. (Con voz temblorosa). En ningún sitio he hallado reposo ni en ninguno de los mundos innumerables... y ahora, cuando al fin mi alma errante y

*maldita ha hallado un asilo ¿quieres arrojarme de él?
¡Compasión! ¡No me persigas con tus anatemas! ”*

Entonces el Rabí reúne la Santa Asamblea. Esta le da poder para cumplir su misión, y amenaza al alma en pena con anatemas si no le obedece, y con purificación si cumple su mandato. El alma en pena no obedece.

Todos visten los sudarios, toman siete trompetas, siete cirios negros y siete rollos de la Thora.

Es el más alto castigo para un vivo o para un muerto. Pero el padre de Chonen, muerto ha mucho, se le ha aparecido en sueños al Rabí Sansón y hace una acusación formal contra Sender. Se conjura al alma acusadora para asistir al juicio contra Sender. El alma comparece ante la Asamblea (193) y explica que, siendo compañero de banco de Sender, en la escuela decidieron casar, cuando los tuvieran, sus respectivos hijos si fueren de sexos opuestos; que luego él tuvo un hijo y Sender una hija, que su hijo Chonen se sentaba a la mesa de Sender, quien apartó la vista del muchacho porque era pobre y buscó un judío rico para Lea. Su hijo, entonces, se entregó a la desesperación y al estudio de las potencias protervas. Sender es condenado a dar a los pobres la mitad de su fortuna. Pero el Dibbuk no acepta la sentencia: *Reb Sansón — Os habéis dado cuenta de que el muerto no aceptó vuestra sentencia?*

Los Jueces. — Lo hemos entendido.

Reb Sansón. — ¿Habéis observado que no respondió “Amén” a las palabras de Reb Ezryel?

Los Jueces. — Lo hemos observado.

Reb Sansón — ¡Es un mal presagio!

Los Jueces — Sí, ¡un presagio muy malo!

Reb Sansón — Fijaos que Reb Ezryel está trastornado; que

le tiemblan las manos.

En este momento tocan las trompetas con furor. Y el alma grita:

Lea – Dibbuk – ¡Déjame! ¡No me atormentes! ¡No quiero! ¡No quiero!

Al fin el Dibbuk abandona el cuerpo de la virgen. Y el alma de Chonen se aleja lentamente, habla con Lea y su diálogo es como un cántico del Cantar de los Cantares:

“Lea – ¿Quién suspira tan tristemente? La voz de Chonen. ¡Yo! Lea – Oigo tu voz, pero no te veo. La voz de Chonen. El círculo mágico me aparta de ti. Lea – Tu voz es para mí tan dulce como los sollozos del violín en el silencio de la noche. Dime... ¿Quién eres? La voz de Chonen. – Lo he olvidado. Sólo tu recuerdo puede volverme la memoria. Lea. Recuerdo... Mi corazón lleno de amor lanzábase hacia una radiante estrella. En la quietud de las noches he vertido mi dulce llanto; y un rostro amado se me aparecía en sueños. ¿Eras tú? La voz de Chonen Era yo...

Lea. Recuerdo... Tus cabellos, sedosos como empapados en lágrimas; tus ojos tristes y dulces... Tus manos largas y fiñas... Día y noche sólo pensaba en ti. (Pausa. Prosigue dolorosamente) Pero tú me dejaste; te fuiste de aquí y yo sentí que mi luz se extinguía y mi alma se mustiaba... Permanecí como una viuda desolada cuando un extraño se aproximó a mí... Después volviste y mi corazón se abrió al goce de la muerte y la dulzura de los duelos... ¿Por qué has vuelto a abandonarme? La voz de Chonen. He roto todos los obstáculos, me elevé más allá de la muerte y he trastornado el orden del transcurso del tiempo y de las generaciones... He luchado contra los inmensos y despiadados poderes. Y cuando mis últimas fuerzas se

agotaron, dejé tu cuerpo para penetrar en tu alma... Lea
—(Tiernamente) Vuelve, esposo; amor mío. ¡Muerto
te llevaré en el corazón, y en nuestras nocturnas
entrevistas meceremos juntos a los hijos que no han de
nacer nunca... (pausa) Les dejaremos andadores, les
arrullaremos con nuestros cantos. (Canta suavemente).
¡Ea! ¡Ea! Dormid, hijitos íea! Dormid tranquilamente
en vuestra cuna; dormid, tesoros míos, desnudos, sin
pañales. Dormid, ya que no habéis nacido. Dormid, hijos,
que nunca he conocido. (Dentro suena la marcha nupcial,
cada vez más próxima. Lea (temblorosa) Viene para
llevarme a celebrar mis bodas con un extraño. Ven, amor
mío, ven...

La voz de Chonen. —He dejado tu cuerpo y voy a tu
alma... (Se manifiesta en la pared en una blanca aparición)

Lea —(Con alegría) ¡Se ha roto el círculo! ¡Te veo, mi
prometido! ¡Ven! ¡Ven!

Lea —(Grita alegremente) ¡Voy! ¡Voy!

Y Lea se va tras de la sombra amada. Cuando vienen los otros, ya es demasiado tarde.

Hay que imaginar cómo las masas de habla yidish se entusiasman con esta maravilla escénica, que encierra todos los misterios revelados y ocultos de la Cábala, los ritos de la Thora y los cánones de la metempsicosis.

El misterio de que se impregna la escena, atrae y estremece a los públicos, que gozan y sufren y se embriagan con una nueva luz.

An-Sky es uno de los grandes dramaturgos yidish.

Leonidas Andriev es otro de los buenos representantes del teatro judío. Pertenece, además, a la generación de los grandes novelistas de la escuela del realismo, reproduciendo con fidelidad descriptiva cuadros horripilantes en sus novelas *La risa roja* y *Los siete ahorcados*.

En su teatro hay un hálito de poesía y un claro trasfondo de piedad. Es, esencialmente, un poeta sicólogo, que, junto con Dostoiewski, goza de un alto prestigio fuera de Rusia y, muy principalmente, en Italia.

Entre sus obras de teatro se pueden mencionar: *El que recibe la bofetada* y *El vals de los perros*. Pero el más famoso de sus dramas es, sin duda alguna, *Anatema*. He aquí una sinopsis de esa obra:

En un lugar yermo, que se pierde en abruptas estribaciones, en cuya cima una puerta muestra los límites del mundo, se encuentra, con una larga espada en la que se apoya, el Guardián de la Puerta. Anatema, ser maldito, proscrito del mundo, se acerca al Guardián y le increpa. Quiere ver, a través de la puerta, la Eternidad.

Anhela ser un dios. Y se arrastra hasta el Guardián. Le dice: "Tengo miedo", luego se tira al suelo boca abajo, y reptando, avanzando con gemidos de espanto y diciendo:

"¡Ah! ...Yo, el príncipe de las tinieblas... Soy fuerte y sabio, y, no obstante, mira: Me arrastro, rastreando como un perro. Y lo hago sólo porque te amo y porque quiero besar la orla de tu manto. Pero, ¿por qué me duele tanto este viejo corazón? Dímelo tú, que lo sabes todo".

Anatema quiere saber el nombre del que está detrás de la puerta, pero el Guardián le responde:

"Lo que tú pides, Anatema, carece de nombre. No hay número que pueda calcularlo, ni medida que pueda medirlo, ni balanza que pueda pesarlo. Todos cuantos han pronunciado la palabra Amor han mentido. Todos los que han pronunciado la palabra Razón han mentido. También quien dijo la palabra Dios dijo mentira. La última, la última, la más funesta, la más terrible mentira, porque no existe Número, ni Medida, ni Balanza, ni Nombre para lo que tú pides, Anatema".

Bruscamente cambia la escena a una ciudad donde al

borde de la carretera se ven pequeños comercios, uno de los cuales es de David Leisser, que atiende su esposa Raquel: otro, del griego Purikes; otro de Schonka Limón y otro del ruso Ivan Beskrayn, que es, además, sastre remendón y reparador de suelas de goma. Los negocios están malos y los compradores escasean. Hay hambre y desesperación. Y cunde entre los comerciantes el terror.

De pronto aparece Anatema: *“A pesar del calor lleva un traje negro de tela fina, sombrero de copa y guantes negros. Una bufanda blanca le da un aspecto serio y distinguido. Es alto, esbelto y, a pesar del cabello canoso, sus facciones son severas y bellas hasta cierto punto. Al quitarse el sombrero se le distingue la frente amplia, surcada de profundas arrugas y en su cabeza grande la cabellera cenicienta, desordenada y rebeñde. Tan fea como su cabezota es el cuello, que, aunque fuerte, es demasiado largo y delgado”*.

Anatema busca a David Leisser. Su esposa Raquel no puede decirle donde está.

Pero Anatema conoce las miserias de las gentes. Viene, entonces, David. *“Es alto, huesudo, con largos cabellos rizados y canosos como la barba. Lleva un sombrero alto y negro que descansa como una cúpula sobre él. En la mano, un largo bastón, como de pastor, con el cual parece que va midiendo el camino. Mira ante sí por bajo las cejas negras y crespas, y se aproxima lento y ceñudo al grupo sin levantar la vista”*.

A su mujer, que le pregunta qué hacía a orillas del mar, él le responde:

David. - He hablado con Dios. Le he interrogado sobre el destino de David Leisser; sobre el destino del viejo judío que pronto ha de morir.

Raquel. (Tartamudeando) ¿Y Dios, qué respondió? (David calla y fija en el suelo la mirada) Nuestro hijo también quiere ir contigo hacia el mar para interrogar a Dios sobre su destino.

David. (Levantando los ojos) ¿Es que también Nahun va a morir?

Nahun. —Sí, padre, ya estoy empezando a morirme.

Entonces Anatema le anuncia que su hermano Moisés ha muerto en el extranjero y le ha dejado una fortuna de dos millones de dólares (cuatro millones de rublos) que adquirió. Mientras Raquel, la esposa de David y sus hijas, Rosa y Nahun, saltan de alegría, David Leisser se siente hondamente desconcertado. Dice:

“¿Por qué me lo has traído? (Da un empujón con todas sus fuerzas a Anatema para apartarlo de sí, y, vacilante, se encamina hacia la cuesta. De pronto se detiene, se vuelve, y grita con descompuestos ademanes) ¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí! ¡Este es el Diablo! ¿Vosotros creéis que os trae cuatro millones? ¡Oh, no! ¡Nos trae cuatro millones de penas y maldiciones! Ha descargado cuatro millones de desdichas sobre la cabeza de David. Cuatro océanos de amargas lágrimas he vertido en mi vida; mis suspiros semejan a los cuatro vientos de la tierra. El hambre y las enfermedades me devoraron a cuatro de mis hijos y ahora que soy viejo y voy a morirme, me traen cuatro millones. ¿Puedes volverme mi juventud, que pasé entre estrecheces, perseguido por la desgracia, atormentado de dolores? ¿Puedes devolverme uno de aquellos días en que sufrí hambre, una sola de aquellas lágrimas que vertí entre las rocas? ¿Puedes hacerme olvidar el modo con que me humillaron y me escupieron al rostro? ¡Tus cuatro millones de rublos significan cuatro millones de injurias! ¡Oh, Ana! ¡Benjamín! ¡Rafael! ¡Mi pequeño Moisés! Pajarillos míos, que habéis muerto de hambre sobre las ramas desnudas del invierno. ¿Qué diríais si vuestro padre tocase ese dinero? No, no lo necesito. ¡Te digo que no necesito dinero! Soy un viejo judío que se muere de hambre: No veo el dedo de Dios. Pero iré a decirle: ¿Qué haces tú, David? ”.

Al fin David Leisser acepta la fortuna y en el próximo cuadro aparece ya rico, viviendo en una lujosa residencia junto

al mar. Anatema es su secretario. El dinero de América no ha llegado, pero David vive con gran boato, gracias a la obtención de un amplio crédito.

Nahun está malamente enfermo, y aun así tiene un maestro de baile que lo hace danzar hasta la fatiga. Rosa, su hija, muestra su espléndida belleza. Mas, a pesar de todo, David Leisser no es feliz. Dice a Anatema:

David.— ¿A usted le agrada cuanto se inclina ante usted? A mí no me resulta. Los hombres no son perros para arrastrarse a cuatro patas. ¿Le agradecería a usted, Nulus (194), que le dijiesen que era usted el más sabio, el más generoso, el más inteligente de los hombres, mientras, en realidad, no es usted más que un judío sin pretensiones, como hay tantos por el mundo? A mí no me resulta.

Anatema. (Pensativo) La riqueza es una enorme fuerza. Nadie le pregunta a usted de dónde viene el dinero; reconocen la fuerza y se inclinan.

David se pregunta: ¿qué debe hacer para alcanzar la dicha? Anatema se lo dice: repartir sus rublos entre los pobres; darlo todo.

Anatema. Cada uno de los rublos que tienes en el bolsillo es un puñal que hundes en el seno de los hambrientos. Da todo tu haber a los pobres, tu pan a los que tienen hambre; así vencerás a la muerte.

David. Cuando a David le atormentaba el hambre, no le dieron ni un currusco de pan. ¿Voy ahora a aplacar, con la saciedad de ellos, el hambre que me devora hasta la médula?

¿A cambio de qué repartirá su fortuna? Anatema le ofrece la inmortalidad.

Raquel y Rosa y Nahun y todos los criados se reúnen con David. Anatema hace entrar a los pobres y, en presencia de

todos, David promete el reparto de toda su fortuna.

Y vuelve a ser pobre. Su hija Rosa se fuga tras hurtar una cantidad de dinero. Raquel, por imposición de David, vuelve a su antiguo oficio de mercachifle.

Multitudes de mendigos se congregan y bendicen al dador. Raquel, en cambio, desea oír, no la voz de los miseriosos que cantan gratitud, sino la de su hijo Nahun, muerto tuberculoso, y el charloteo de Rosa.

Todos admiran al Benefactor y requieren su presencia. Este aparece, sostenido por Anatema ante el aspaviento admirativo de la gente. David rechaza el homenaje parlotado; cree que no ha hecho otra cosa sino oír la voz de Dios. Las gentes le muestran sus hijos para que los toque. Una última mujer llega, desesperada, a pedirle dinero. Pero a él ya no le queda nada sino lo suficiente para ir a Jerusalén: y eso también lo da. Entonces llegan ciegos y cojos en profusión para que el gran dador haga el milagro de su curación. El huye desesperado.

En el cuadro quinto aparece David Leisser con la barba enmarañada, sin un solo kopek. No tiene ya nada que dar, pero la multitud se agolpa a su puerta pidiendo, siempre pidiendo. Nadie cree en su pobreza.

El le suplica a Anatema:

“¡Oh, protéjame usted, señor Nulus! Vaya usted a ellos y dígalos bien fuerte y claro, de manera que todos lo entiendan, que David Leisser es un viejo enfermo que ya nada posee. A usted le creerán y se marcharán a sus casas”.

Ellos siguen pidiéndole un milagro. Una mujer le trae su niño muerto para que le vuelva la vida; él grita desesperado:

¿Qué voy a hacer? Ya no tengo dinero. ¡Ay, Dios mío! Nulus, dile que yo no puedo resucitar a los muertos”.

Entonces Anatema le aconseja huir. Se oye el creciente rugir de la multitud que lo llama; también se oye rumor sonoro de trompetas.

Anatema lo tienta:

“Puede que te traigan el poder y la fuerza —le dice— para hacer milagros. ¿No quieres convertirte en su Dios? Mira hacia abajo y escucha”.

David quiere huir. Pero ¿a dónde?

Anatema— ¡Huyamos, entonces!

David.— Huyamos, sí. (Desconfiado) Pero ¿dónde? ¿Dónde quieres llevarme? ¿Hay en el mundo un lugar donde (con dolor) donde no haya Dios?

Anatema. —Quiero llevarte a Dios.

David —No quiero ¿Qué va a decirme Dios? ¿Qué voy a responderle?

Anatema —Te llevaré al desierto. Hay que abandonar a estos hombres perversos, que se arrastran como bestias inmundas en el fango del pecado.

Se ocultan en un sótano-bodega. *“Hacia la noche han abandonado aquel refugio, tomando el camino de Occidente; pero el primer hombre con quien se encontraron, reconoció a David, ya que su fama era grande y porque no había ni hombre ni mujer ni criatura que no lo hubiese visto o que no supiese de él por la descripción de los demás. El hombre que lo reconoció fue corriendo a la ciudad para anunciar a las gentes que aquel a quien creían perdido había vuelto a aparecer. Y a poco, la horda inmensa de pobres que cercaba la casa de Leisser, y que con su huida sentíase ya al borde de la desesperación, se puso en movimiento para perseguirlo. A ellos pronto se unieron gentes de la calle y de los pueblos que atravesaban, así como todos los devotos y los supersticiosos”.*

Anatema, astutamente, esquivo la multitud y lleva a David

a un desierto rocoso.

Desde allí alcanza a ver la ciudad, donde le aguarda la multitud, como un mar encrespado, para exigirle milagros al dador. La multitud lo encuentra y Anatema le aconseja:

“Sal a su encuentro! ¡Sacúdelos! ¡Aniquílalos con la verdad!”

Su propia mujer, que viene con la multitud, le habla con temeroso respeto.

David no puede hacer milagros, y entonces lo apedrean y luego lo abandonan, cuando muere de la pedrea, en medio de una tempestad.

Anatema grita, furibundo, con satánico encanto:

“¡Adiós, imbécil! Mañana los hombres encontrarán tu cadáver y lo enterrarán solemnemente, según costumbre! ¡Qué buenos asesinos! Aman a los que matan. Y con las piedras con que te han matado, por amor hacia ti, te erigirán un estúpido monumento grande y grotesco. Y para reavivar el feo amasijo muerto, me colocarán a mí en lo alto del pedestal (Se ríe, pero se contiene en seguida y permanece en una actitud seria de comediante) ¿Quién trata de arrancar la victoria de manos de Anatema? Yo mato a los fuertes y dejo a los débiles girando en una ebria danza vertiginosa, en una terrible, diabólica y demente danza. (Golpea impaciente el suelo con el pie) ¡Inclínate, tierra, y tráeme obediente tus dones y tus tributos! Y tú, hombre, traiciona, en nombre de tu Señor! Sobre un mar de sangre, que tiene tan suave aroma, mi barca, con sus velas rojas fulgurantes, arrancará hacia ti, (mira al cielo) para traer la respuesta. No arrastrándome, sino como señor, como soberano, quiero desembarcar sobre tu muda orilla. Prepárate. Deseo una violenta venganza ja, ja, ja (Desaparece en las tinieblas).

Anatema aparece, al final, de nuevo, ante el Guardián de la

Puerta Eterna, que le dice que nunca mirará su rostro ni traspondrá la puerta.

Como se ve, se trata de un drama poético y filosófico, trasunto del alma enigmática del hebreo.

El crítico ruso Miguel Zotchenko lo llama el *Fausto judío*.

Esta obra, probablemente, se inspiró en *Dios, el hombre y el Diablo*, de Jacobo Gorkin (195); empero, la obra de Andriev campea por las lindes del genio.

Hay en *Anatema* la grandeza escénica de un *Brand*, por lo que Andriev resiste un pequeño paralelo con Ibsen.

También vemos algo de la elegancia homérica y, sobre todo, la sobriedad imaginativa de Goethe.

No solamente creemos que *Anatema* es el mejor drama del teatro judío, sino uno de los poemas escénicos más potentes que nos ha tocado leer.

FINAL

“Ningún pueblo en la Historia luchó con tanto tesón por la libertad como los judíos, ni en tan desiguales condiciones. Desde Judas Macabeo hasta Simeón Bar Cochaba e incluso en nuestros tiempos, la pugna de los judíos para recobrar la libertad, a menudo los ha diezmado, pero jamás llegó a quebrar su espíritu ni su esperanza” (196)

Quisieron conservarse puros, aislados y se les prohibió, en su ley, casarse con quien no fuera de su raza. Esto creó resentimientos, sobre todo frente a sus indudables conquistas en pos de la monarquía universal de las finanzas.

Se les ha culpado de aspirar a la supremacía universal; por lo menos, esto es lo que le atribuye a su pueblo el anónimo autor, presuntamente judío (197) de los *Protocolos de los sabios de Sión*, del que se hacen ecos numerosos impugnadores de los hebreos y que provocó, posiblemente, los grandes genocidios perpetrados por Adolfo Hitler en su lucha racial, con la total destrucción del *ghetto*.

Según esta obra, los gobiernos liberales son esclavos del

oro, y cuando los estados se arruinan en sus luchas cruentas, saltan los judíos y dominan.

“Nosotros fuimos —se les atribuyen estas palabras a los judíos— los primeros en brindar al pueblo las palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad, tan repetidas luego por papagayos inconscientes, y que han servido para destruir la prosperidad del mundo y la verdadera libertad individual, guardada en otro tiempo contra las exigencias de las masas” (198)

Dice esta obra que para su propia gabela los judíos prefabrican las guerras, controlan la prensa, manejan los bancos, usan demagógicamente de la palabra libertad y tienen el trust propagandístico del mundo.

Henry Ford se estremece ante los conceptos de este libro tendencioso y nos da esta lista hebrea de los jefes y teorizadores del comunismo:

Carlos Marx, el autor de *El Capital*, era judío, lo mismo que Engels; Kerensky, el precursor del bolchevismo, era hijo de padre y madre judíos, y se llamaba, realmente, Adler; Lenin era judío, aunque lo nieguen sus adeptos, y prueba de ello fue que se casó con una judía (los judíos sólo pueden casarse con judías), educó a sus hijos bajo el canon judío, sustituyó el domingo cristiano por el sábado mosaico y redactó en hebreo algunos de sus manifiestos; el verdadero apellido de Trotsky era Bronstein, también judío, y parece indudable, por último, el origen judío de Stalin.

Afirma que el 75o/o de los jefes rusos de la época en que escribió su libro, eran judíos. (199) Sigue Ford insistiendo en el hecho de que los bolcheviques destruyeron las iglesias católicas y respetaron las sinagogas, y aniquilaron a los sacerdotes sin molestar a los rabinos.

Encima de todo esto son hostilizados en muchos países donde medran inmersos en sus costumbres y se les estigmatiza por el negror de su avaricia. Sin embargo, y esta es afirmación del sabio humanista Will Durant:

“No se sabe de ningún judío que haya muerto de hambre viviendo en una comunidad judía”.

Para los judíos de la Edad Media era obligatoria la caridad y si los había avaros, como en cualquier otro pueblo, encarnación de Shylok o Harpagón, —los había generosos en demasía.

En general eran espléndidos, y los rabinos tuvieron que prohibir que dieran más de lo que podían.

En la misma Edad Media (siglo III), los cristianos copiaron de los judíos, fundando bancos, donde acumularon grandes riquezas que en diferentes ocasiones superaban a las de los hebreos.

Se probó que el usurero cristiano no era menos exigente que el judío.

Y nadie le superó en piedad.

El israelita se presenta ante Dios y con gran fe, prosternado, le dice:

*“Señor, te doy las gracias porque me has dado tu Ley, pero no te molestes más, porque yo poseo recursos para cumplirlas por mi propia cuenta hasta la última tiide”
(200)*

Y mientras Hitler perseguía sádica y cruelmente a los judíos, Pio XII dijo valientemente:

“Los cristianos somos espiritualmente semitas”.

Ahora hay un nuevo aspecto de la historia judía. Después de un exilio de siglos, al fin encuentran su rincón terrenal en el estado de Israel, surgido después de la segunda guerra mundial (1948). —Allí acunan las acumuladas esperanzas, por años y años, cuando pasaron por el mundo, gemebundos y errantes, soñando con su tierra de promisión. Pero, aun así, sólo una ínfima minoría ha arraigado allí.

Dondequiera que crece una flor puede surgir, de pronto, la

frente de un judío.

El judío se sobrepone a toda desgracia para mantener la pureza de su fe. Solariego y orgulloso, ha medrado apegado a sus tradiciones seculares.

El judío lo bendice todo: desde la comida que ha de ingerir, que es regalo de Dios, hasta las cosas pequeñas que, en función de belleza, engalanan su mundo, como las flores, las olas del mar o las mariposas.

La alegría se refleja en sus actos, como la gota de miel que empapa de dulzura la Thora, cuando el niño la lee.

Su religión, sin imágenes en los altares, ni iconos, está desprovista de elementos dramáticos. Si algo de dramático hay en su Historia, es la idea del Dios único, viviente y omnisciente, o la estentórea voz de sus profetas que imprecán y predicen a través de los siglos.

La Ley judía rige sus actos y esta ley expresa que todo hijo de judío es judío; judío es el descendiente de madre judía y está inmerso, por tanto, en la profundidad de las tradiciones hebreas que dicen que no se debe comer carne de cerdo, por ser bestia inmunda de Moloc, ni comer res o ave que no haya derramado abundante sangre y que no se haya matado para los menesteres del yantar; y que obliga a ser piadoso y a guardar el sábadó con reverente devoción.

Cuando los judíos fueron dispersados por el mundo y perseguidos con saña y pertinacia, *El Talmud* vino a ser su patria espiritual. Esto sucedió después que los romanos destruyeron a Jerusalén.

Tuvieron una *época de oro* en la España musulmana; pero en la Europa cristiana se les consideró siempre como intrusos indeseables, y esto provocó cruentas y crudelísimas persecuciones.

Franz Rosenzweig, el teólogo judío, dice:

“Cuando el pagano que vive dentro del cuerpo del cristiano se rebela contra el yugo de la cruz, entonces desata su furia contra los judíos”.

Por eso el libro del *Talmud* fue proscrito más de una vez, prohibida su lectura y quemadas sus páginas. Porque, desde su refugio en el Ghetto, el judío lee en *El Talmud* su verdad y encuentra refacción de fe y de vida en él.

Su aporte a la cultura de los pueblos ha sido imponderable. Una lista nunca sería exhaustiva ni perfecta.

Esa lista incluirá poetas de primera línea como Enrique Heine, alto genio del romanticismo alemán, que iluminó la poesía tremante y melodiosa de Gustavo Adolfo Bécquer y los bellos atisbos de Ferrand; estadistas como Walter Rathenau y Benjamín Disraeli, escritor este último de magníficas novelas inglesas; grandes teorizadores doctrinarios como Carlos Marx, autor del materialismo histórico, y Federico Engels, su continuador y autor de las plataformas que cimentaron todo el ancho aparato del comunismo internacional; escritores de fuste como Emil Ludwig, el biógrafo impar; Stefan Zweig, una de las personalidades cenitales de la literatura alemana contemporánea; Tomás Mann, otro escritor que honra las letras germanas; Max Nordau, el autor de *Genio y locura*; Salomón Reinach, y el eslavo Salomón Reinich. Grandes científicos como Sigmund Freud, a cuyo genio inquieto y especulativo se debe el psicoanálisis, cuando el gran sabio vienés, desafiando los prejuicios imperantes, se atrevió a emprender la más riesgosa e inesperada de las incursiones: la aventura por los meandros de la conciencia y la subconciencia. Grandes penalistas, como César Lombroso, descubridor de la turbidez de la conciencia criminal.

Novelistas como Enrique María Remarque, narrador de las peripecias de la primera guerra mundial; Boris Pasternak, merecedor de un Premio Nobel, filósofos como Spinoza, el hispano holandés y Enrique Bergson; físicos notabilísimos como Alberto Einstein, autor de la teoría de la relatividad. Estrellas de cine de primera línea como Charles Chaplin, Edward G. Robinson, Kirk Douglas, Paulette Goddard, Peter Lorre, Tony Curtis, Dany Kaye, Liberace y Nilsen Shifrim; dramaturgos como Arthur Miller, Leonidas Andriev y el polaco Sholem Asch; filólogos como Zamenhof, creador del esperanto, que pretende

ser el idioma universal; historiadores como Simón Dubnow, autor de un *Manual de historia judía*; teólogos como Martin Buder, traductor de la Biblia; Abraham Joshua Hershel, autor de una obra sobre el espíritu del profetismo y Luis Finkelstein; pintores como el eslavo Chaim Soutine, el polaco Moisés Kislin y el ruso Marc Chagall, el más caracterizado de los pintores judíos, de un arte depurado y apasionante; músicos como Louis Claude Daguin, Gustave Mahler, Félix Mendelssonh-Bartholdy y Jacques Offembach; cantantes de primera magnitud como Richard Tanker y Jan Pierce; y, por último, concertistas exquisitos y extraordinarios como Heifetz, Kreisler, Elman, Menuhin, Ostraick, Stern, Rubinstein y Horovitz.

He aquí, memorizando sin gran esfuerzo y sin aspavientos de erudición, una lista de los grandes ejemplares de esta raza que le ha dado al mundo un Dios.

Hay en el mundo un patrimonio de grandeza y humildad que es judío y hundido en nuestro corazón como reliquia de espirituales grandezas: las palabras de Jesús, esperanzadoras y luminosas, en la ola de fealdad que cubre el mundo.

NOTAS

(189) "Teatro dramático judío". —Prológo de Cristóbal de Castro. M. Aguilar Ed.

(190) Citado por C. de Castro.

(191) Castro, C.-Ob. cit.

(192-Bis) Fundaron en New York el "Perez Club".

(192) "Teatro dramático judío" —Prólogo y traducción de Cristóbal de Castro. M. Aguilar Editor.

(193) El alma no se hace visible, sino que habla por boca de Reb Sansón.

(194) Nombre con que se hace llamar Anatema.

(195) Castro, C.-ob. cit.

(196) Durant, W. -ob. cit.

(197) Para algunos, el autor de este libro es el judío Teodoro Herzl, pero otros opinan que la obra es la fantasía de un criminal o idiota.

(198) Protocolos

(199) Ford, Henry. -- El judío internacional. Ed. Ercilla.

(200) González Ruiz, José María -- "La epístola a los romanos a diecinueve siglos de distancia" Arbor. Enero 1960.

(Hemos confeccionado este ensayo con capítulos de nuestras obras, inéditas: "*Notas para una historia de la cultura*", "*El drama trágico*" y "*España, la gran civilizadora*").